



Parte Clara

# CAPÍTULO 1

NEGRO.

Un sonido retumba en mi cabeza.

No sé dónde estoy. Mis pies no se mueven. Mi cuerpo está helado.

Entonces la oigo.

El grito de Ana.

Fuerte. Desesperado.

El tiempo se encoge, el aire se vuelve espeso.

Después, el golpe.

Seco. Contundente.

Mi corazón se acelera, la respiración se corta. Quiero correr, pero no puedo.

Solo estoy aquí. Viendo.

Y luego, nada.

Oscuridad. Silencio.

Abro los ojos.

Me incorporo de golpe, el pecho subiendo y bajando con fuerza. El aire no entra. Sigo allí, sigo en ese momento. Sigo viendo a Ana.

Miro el reloj. 4:27 AM.

Otro día más. Otra noche igual.

Me encojo sobre mí misma, abrazo mis rodillas. Aprieto los ojos con fuerza.

*No sirve de nada.*

*Ana está muerta.*

*Y no importa cuántas veces despierte, siempre es lo mismo.*

El silencio pesa. No es el que recordaba cuando Ana salía con sus amigas o se encerraba en su habitación a escuchar música. Este no promete un regreso.

Estoy en la cocina, frente a una taza de café frío. Hace horas que la serví, pero he perdido la noción del tiempo. El reloj marca ya las ocho de la mañana, pero bien podrían ser las seis de la tarde. Los días se sienten iguales desde hace meses.

Levanto la taza, pero el líquido ya no humea. El primer sorbo es amargo. No recuerdo si olvidé ponerle azúcar o si simplemente ya no me importa.

El móvil suena desde alguna parte. Es del trabajo. Lllaman cada semana con la misma pregunta: «¿Cuándo vas a

## Incienso y Cristales

volver?». Ni siquiera tengo fuerzas para contestar. Apenas puedo recordar cuándo comí por última vez.

Abro un armario y miro las estanterías. Las galletas están intactas, el paquete de arroz sigue en el mismo lugar. Sé que debería comer, pero no siento hambre. Hace tiempo que no siento nada. Arrojo el café por el fregadero.

Miro el sofá desde la mesa. Su sitio sigue ahí, intacto. La manta que siempre usaba está doblada en el respaldo, como si pudiera volver en cualquier momento. Debería quitarlo todo, pero mover algo sería borrar lo poco que queda de ella.

En la mesa está la última foto que nos hicimos. Ana no quería sonreír ese día. «Me veo horrible, mamá», dijo. Su sonrisa está a medias, forzada, pero ahora parece más real que nunca. Paso los dedos por el marco. *No fui suficiente para ella.*

Cierro los ojos. Intento recordar su voz, pero solo encuentro el crujido del suelo, el viento en las ventanas y el silencio que vuelve a llenar todo.

Camino sin rumbo por la casa. Paso frente a su habitación. La puerta está entreabierta, como siempre la dejaba. Todo sigue igual: la cama hecha, los libros apilados, una camiseta olvidada en la silla. Siempre le pedía que recogiera su ropa. Ahora daría lo que fuera por encontrar calcetines tirados por el suelo.

Me quedo en el umbral, sin atreverme a entrar. Mi pecho se contrae y las lágrimas vienen otra vez, como una ola que

amenaza con romperse, pero no lloro, solo queda esta sensación: un vacío que no se llena con nada.

*Una idea me atraviesa como un rayo: ¿y si Ana está aquí, ¿y si está intentando decirme algo y no sé cómo escucharla? Me doy la vuelta antes de que crezca demasiado.*

El silencio se vuelve insoportable. Necesito salir. Tal vez caminar me haga bien, aunque no lo creo.

El aire es frío y húmedo, pero salgo de casa porque no puedo quedarme allí. El silencio dentro de esas paredes se siente como un peso, como si cada rincón de la casa me empujara a pensar en Ana.

Al principio fui al psicólogo; era lo que todos me decían que debía hacer. La terapeuta era amable, paciente. Me escuchaba, asentía, pero sus palabras parecían vacías. No entendía nada. No perdió una hija. *Nadie sabe cómo se siente esto.*

Camino sin rumbo, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo. La calle está llena de ruido: niños que juegan en la acera, el claxon de un coche impaciente, una pareja discutiendo al otro lado del parque. Todo parece tan normal, pero para mí, es como si el mundo se moviera a otro ritmo, uno al que no pertenezco.

Es entonces cuando lo veo: un cartel pegado a una farola, maltratado por la lluvia y el tiempo.

Me detengo frente a él, incapaz de ignorarlo. Las letras negras, aunque borrosas, son lo suficientemente claras:

## Incienso y Cristales

«¿Quieres hablar con los que ya no están? Contacta con Isabel. Ellos siempre tienen algo que decir».

La primera reacción es reírme. Es absurdo, como esas líneas telefónicas que prometen lecturas del tarot o predicciones para el amor, pero algo en esas palabras me sacude.

El psicólogo repetía siempre lo mismo: aceptación, ciclos, avance. Todas estas palabras eran vacías para mí y yo me preguntaba “¿Cómo aceptas algo que está roto? ¿Cómo sigues adelante cuando cada día sientes que algo falta?”.

Agarro mi móvil, casi sin pensar, y tomo una foto del cartel. Lo hago rápido, como si alguien pudiera verme y juzgarme. Me siento ridícula, pero no puedo evitarlo.

Sigo caminando, mantengo las manos apretadas en los bolsillos y el corazón latiendo más rápido. No sé si llamaré al número, pero ya he guardado su promesa en mi bolsillo.

El viento me golpea la cara mientras camino sin rumbo. Salir a la calle me distrae un poco del peso que llevo encima. No sé hacia dónde voy, pero cualquier lugar parece mejor que quedarme encerrada en casa.

Cruzo una avenida y, justo al girar la esquina, mis ojos se detienen en una cafetería. Allí está Lucía, sentada junto a la ventana. Reconozco su perfil al instante. Era la mejor amiga de Ana.

Me quedo inmóvil, observándola desde lejos. Está con otras chicas, riendo, hablando rápido, como siempre hacía. Parece tan despreocupada. Lleva una chaqueta nueva, de esas caras

que Ana nunca pudo tener, y agita las manos al hablar, provocando risas entre las demás.

Algo en mí quiere entrar. Decirle algo. Preguntarle si piensa en Ana, si la extraña. Pero me quedo donde estoy. Mis pies no se mueven.

Lucía no me ve. Está demasiado ocupada viviendo su vida. *Seguro que recuerda a Ana, pero no como yo.* Nadie puede entender este dolor. *Perder una hija es como enterrarse en vida.*

Aparto la mirada y sigo caminando, lo hago más rápido ahora. No quiero escuchar esas risas, no quiero ver más imágenes de lo que Ana ya no podrá hacer.

Cuando llego a casa, la oscuridad me recibe como una vieja conocida. Me dejo caer en el sofá, sintiendo cómo el silencio me envuelve de nuevo.

Saco el móvil del bolsillo. La foto del cartel sigue ahí, fija en la pantalla, como si me estuviera esperando. Lo miro durante un largo rato, incapaz de apartar los ojos. Mi dedo se desliza hasta el botón de guardar y, sin pensarlo demasiado, escribo un nombre en los contactos: Isabel.

No sé si estoy lista para lo que venga, pero por primera vez en semanas siento algo que no es desesperación, quizás es esperanza, miedo o ambos.

Los estafadores siempre han existido. Gente que se aprovecha de las debilidades ajenas, de las grietas en la lógica cuando el dolor es demasiado grande para pensar con

## Incienso y Cristales

claridad. Sé que Isabel debe ser una de ellas. ¿Qué otra cosa podría ser?

Miro el número guardado en mi móvil. Lo escribí hace horas y, desde entonces, no he podido dejar de pensar en ello. Debería borrarlo, olvidarme de esta tontería y volver a, ¿a qué? ¿A mirar fotos de Ana? ¿A escuchar el silencio de la casa?

*Es absurdo, lo sé. Pero, ¿y si no lo es?* Deslizo el dedo sobre la pantalla, pero no marco el número. No aún. ¿Qué estoy haciendo? ¿De verdad voy a llamar a una médium? Resoplo, cierro los ojos y marco antes de cambiar de opinión.

El tono suena una, dos y tres veces.

—Hola —La voz es pausada, calculada, como si ya supiera quién soy. No hay prisa en su tono, ni sorpresa. Solo certeza. Me hace dudar.

—Hola, soy Clara Mi voz se quiebra al pronunciar mi nombre.

—¿Cómo puedo ayudarte, Clara?

La pregunta es directa, sin rodeos, pero algo en su tono me obliga a seguir.

—Vi tu cartel en la calle.

—Entiendo. —Hace una pausa, como si me estuviera dejando espacio para continuar—. ¿Quieres concertar una cita?

—Sí, creo que sí.

—Mañana a las seis. ¿Te viene bien?

—Sí, está bien.

—Perfecto. Te enviaré la dirección en unos minutos.

—¿Cómo funciona esto? pregunto —sintiéndome ridícula al instante—, pero ella no se ríe, no vacila. Su respuesta llega con la calma de alguien que ha respondido lo mismo mil veces.

—No te preocupes. Ya lo entenderás. —Su tono es suave, pero hay algo en él que me pone la piel de gallina.

La llamada termina antes de que pueda decir algo más.

Me quedo mirando la pantalla. La voz de Isabel no era lo que esperaba. No sonaba como una estafadora ni como alguien que juega con el dolor de otros. Pero quizá por eso es más peligrosa.

Dejo el móvil sobre la mesa y cierro los ojos. Mañana a las seis. Es una locura, lo sé. Pero no puedo evitar sentir que ya no hay marcha atrás.